

## PRÓLOGO

Con gusto accedo al deseo del autor de escribir unas palabras de presentación de este imponente y valioso volumen, que tantos datos de interés y tantas novedades ofrece a los lectores y admiradores del poeta de Orihuela. Desde hace años he dedicado muchas horas, atención y simpatía a esta figura singular de las letras españolas, y el presente gesto de confianza no es sino una oportunidad más que se me ofrece de contribuir al conocimiento y aprecio de la extraordinaria personalidad de Miguel Hernández.

Entre los muchos elementos que entran en juego en una biografía está el contexto histórico, las circunstancias externas, el entorno social, las simpatías políticas y el ambiente familiar e íntimo en que se mueve el biografiado. El autor ha conseguido explorar estas facetas cuidadosa y minuciosamente. Y es que para lograr iluminar de manera eficaz el escenario y el campo de actuación en que se desenvuelve el acontecer y la vida de Miguel Hernández se hace imprescindible, y el autor lo sabe muy bien, el recurso a un inmenso acervo documental e informativo. Hay, sin embargo, una serie de aspectos más personales e íntimos, relacionados con la interioridad del biografiado: sus sentimientos, emociones, reacciones ante los acontecimientos, los proyectos e ilusiones que dan sentido a su vida, los objetivos de su acción y la intensidad con que se lanza a la conquista de sus ideales y sus planes. Para todo esto existe una fuente insustituible que el biógrafo no ha podido eludir. Es su obra escrita, todo lo que a lo largo de los años ha ido brotando de su pluma como proyección profunda de su personalidad: todos sus escritos y muy particularmente su epistolario. El ilustre maestro de las letras españolas José Moreno Villa, pintor y poeta que murió exiliado en México y que escribió una autobiografía modélica, lo formulaba con estas palabras: «Las mejores biografías de los artistas son sus obras. En ellas están fijadas sus vidas, sin comentarios ni errores» (*Vida en claro. Autobiografía*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1976, p.

278). En el caso de Miguel Hernández es indudable que su trayectoria personal, sentimental e intelectual, hay que buscarla, más que nada, en su obra poética, en su teatro, en su abundante prosa escrita en circunstancias las más variadas y opuestas. Por eso ha sido un extraordinario acierto de José Luis Ferris, autor de *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, el recurrir con insistencia y de continuo a su obra lírica, dramática y periodística, a fin de reconstruir, con la mayor fidelidad posible, la vida, las peripecias y los momentos más trágicos y decisivos de la vida del gran poeta de Orihuela.

El tiempo que Miguel vivió en Madrid resultó ser muy breve. No llegó al año y medio. La rebelión militar de 1936 le sorprendió en el momento en que él empezaba a lograr valiosas amistades y a cosechar importantes éxitos. Dado su apasionado deseo de darse a conocer y de conectar con el mundo de la cultura, el poeta había logrado entrar en contacto con personalidades, escritores, poetas, pintores, escultores (Ramón Sijé, Antonio Oliver y Carmen Conde, Bergamín, Cossío, Aleixandre, Lorca, Neruda y otros muchos) a los que José Luis Ferris ha sabido prestar abundante cobertura. El autor, a todo lo largo de la biografía y en momentos relevantes, también presta una atención especial al acontecer histórico y político, y sabe relacionarlo hábilmente y en muchas ocasiones con los datos que tenemos de la vida tanto pública como personal e íntima del poeta, según podemos verificar en su epistolario y otras fuentes de información. Con ello se logra una visión bastante completa y convincente de los hechos y de la personalidad del escritor.

José Luis Ferris ha hecho un extraordinario esfuerzo recogiendo datos y analizando los acontecimientos de aquellos años tan inquietantes e inseguros de la historia española, y ha investigado sucesos culturales y acontecimientos políticos de la época para darnos un retrato ricamente documentado de lo que significó y de lo que hizo un poeta y ser humano tan singular y extraordinario como fue Miguel Hernández. Algunas de las opiniones que José Luis Ferris había defendido en fechas anteriores podían ser discutibles para este o aquel lector (pongo como ejemplo la interpretación que el autor hacía de los sonetos amorosos como inspirados por diversas mujeres

de la vida del poeta) pero siempre resultaban sugestivas y ofrecían puntos de vista originales y posibles.

En esta nueva versión de la biografía José Luis Ferris ha reelaborado algunos de los temas más discutidos y ha recogido documentos y testimonios muy valiosos para ofrecer al lector una visión más convincente de los hechos. Así ocurre, por ejemplo, al discutir el papel que juega Josefina Manresa en el proceso de composición de *El rayo que no cesa*. ¿Fue ella la inspiradora de este libro de sonetos amorosos? Durante muchos años Josefina se negó a reconocer la aventura amorosa de Miguel Hernández con Maruja Mallo. La negaba rotundamente, como afirma Gabriele Morelli. Hasta llegó a rogar a Dario Puccini que borrara este incidente de su biografía. Pero Josefina incurrió al respecto en frecuentes contradicciones hasta que con el tiempo llegó a reconocer que este libro había sido escrito durante los meses en que estaban distanciados ella y el poeta o, como ella decía, en que estaban «disgustados». En una entrevista que le hace Gabriele Morelli en 1964 Josefina llega a confesar que en este libro «la figura a la que Miguel se refiere no se corresponde con mi persona», si bien reconoce a continuación que los sonetos «Me tiraste un limón» y «Te me mueres de casta y de sencilla» son atribuibles a su influencia. El libro, pues, se escribe en los meses en que, suspendidas las relaciones epistolares entre ambos, Miguel, que reside en Madrid, vive varias aventuras amorosas y sufre una gran decepción con la pintora gallega Maruja Mallo y otra menos dramática con María Cegarra. También mantiene un fugaz y leve contacto amistoso con María Zambrano. El libro no es pues en la mayoría de sus sonetos el fruto de la relación amorosa de Miguel con Josefina.

Creo que el autor de esta nueva versión de la biografía de Miguel Hernández ha enriquecido considerablemente su estudio aplicando un severo juicio crítico, recurriendo a nuevas fuentes y aportando datos poco conocidos. Con ello se ha ganado el respeto y gratitud de los admiradores y devotos del gran poeta de Orihuela.

JUAN CANO BALLESTA  
*Universidad de Virginia*



## INTRODUCCIÓN

Cuando en marzo de 2002 veía la luz la primera edición de *Miguel Hernández. Pasiones, cárcel y muerte de un poeta*, sabíamos, como bien ha defendido Leopoldo de Luis (uno de sus grandes estudiosos), que «de un poeta como él se puede decir siempre la primera palabra, pero no se puede decir nunca la última». Ciertamente es que en la vida y en la obra de un hombre y de un creador como Hernández, situado por destino en una época de confusión social y política como no se ha conocido en nuestra historia contemporánea, siempre hay lugar para el hallazgo, para la emoción renovada, para la reflexión y para el documento o el testimonio perdido. Y dado que el poeta, pese a su desaparición física hace 75 años en el Reformatorio de Adultos de Alicante, es un órgano literario que no ha dejado de latir, de crecer y de expandirse entre cientos de miles de lectores, parece casi un deber poner al día un ensayo que está condenado y abierto a la revisión, a la enmienda, al crecimiento y, esencialmente, a la alianza con el rigor que exigen estudios de esta naturaleza.

Contar la vida de Miguel Hernández siempre es una aventura; y lo es porque su perfil rompe moldes y derriba normas y estadísticas, se ajusta a un caso verdaderamente excepcional como escritor y como hombre. También lo es porque detrás de la construcción de su relato biográfico hay una labor de rescate y desescombros, de distanciamiento de los tópicos que hicieron de él una bandera, un mártir y un triste poeta-cabrero. Devolverlo a su estado natural, a su condición de militante apasionado de la vida, limpio de leyendas, ha sido la labor que ha guiado esta biografía que no tiene otro propósito que enamorar, que enredar al lector en la peripecia vital de un poeta que en sólo doce años de producción (de 1930 a 1942, esto es, desde su primer poema publicado hasta su misma muerte) justificó su oficio dando a los editores futuros cuatro mil páginas de benditas palabras.

Miguel Hernández murió joven, muy joven, pero en esos 31 años de vida dibujó un recorrido sin precedente en la historia de

la literatura contemporánea. Logró ser un poeta necesario, como le definía Antonio Buero Vallejo, en un tiempo convulso, dividido para él, por un lado, en seis años de República, desengaños y promesas, y, por otro lado, en otros seis de encarnizada contienda y de cárceles.

Este libro ha tratado de estar a la altura del personaje. Ha puesto al día sus contenidos y apuntalado, con más firmeza, las hipótesis que lo sujetaban. La aparición en la última década de epistolarios inéditos –la correspondencia entre el hispanista Dario Puccini y la viuda de Hernández, las misivas de Vicente Aleixandre a Miguel y Josefina Manresa y la edición completa de las cartas del poeta a su esposa– así como de los diarios de guerra del diplomático chileno Carlos Morla Lynch son un pequeño ejemplo de la documentación que ha enriquecido y ensanchado este ensayo. También se acogen en él las aportaciones que en quince años de publicaciones y eventos en torno al autor de *Perito en lunas* han contribuido al mejor conocimiento de su figura y de su obra. Y en este sentido conviene recordar la celebración en 2003 y 2010 de sendos congresos internacionales, cuya esencia quedó recogida en dos gruesos volúmenes de actas, la conmemoración del centenario de Hernández durante un largo año de actividades, publicaciones, seminarios y actuaciones de diversa índole, y la realización y presentación en el tiempo descrito de numerosas tesis doctorales, monografías y estudios sobre el poeta de Orihuela.

Por lo demás, sólo cabe cerrar este apartado con los agradecimientos. Y para ello quiero recordar que la aventura de este libro lleva el nombre de mis maestros –los que son y los que fueron–: Ramón Pérez Álvarez, Francisco Martínez Marín, Vicente Ramos, Leopoldo de Luis, Arturo del Hoyo, Rosario Sánchez Mora, Enrique Cerdán Tato, Francisco Esteve Ramírez, Juan Cano Ballesta, Gabriele Morelli, José Carlos Rovira, Gaspar Peral Baeza, Agustín Sánchez Vidal, Ángel Luis Prieto de Paula, Miguel Ángel Lozano, María Gómez y Patiño, Francisco Moreno Sáez, Aitor L. Larrabide, César Moreno, José Luis Zerón y Carmen Alemany Bay. Junto a ellos, la nómina afectiva, extensa y clara, la constituyen los compañeros de viaje que siempre

estuvieron ahí con absoluta lealtad y, esencialmente, los seres que, en el momento de redactar estas líneas, me importan por encima de todo. Ellos lo saben.

JOSÉ LUIS FERRIS  
*Noviembre de 2016*